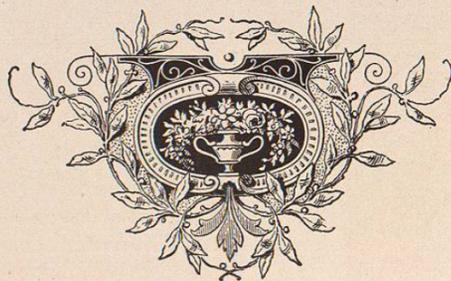


aparecían otros dos personajes; mexicano, industrial y estadista Don Antonio Garay; español, agricultor y también industrial Don Lorenzo Carrera. Otro personaje, casi siempre

llegaba solo con la actitud del que continuamente medita en sus planes y combinaciones, á los que debía su opulencia, y éste era Don Manuel Escandón.



LA SECRETARIA DE FOMENTO.

VOY á referirte, lector amigo, algunas historias en las que aparece mi humilde persona por relacionarse aquéllas como en la anterior relación, á los actos de mi vida. Líbreme Dios de pretender con ello dar á mi nombre un realce que no tiene; mi intento sólo estriba en presentarte hechos de que fui testigo.

La Secretaría de Fomento, que tan poderosamente ha influido en las mejoras materiales del país, fué creada por el decreto de 22 de Abril de 1853, y á fin de que pudiese atender á los objetos de su institución, se le asignaron fondos especiales, entre los que se contaban los de peajes que recaudaba la Administración de Caminos, creada un mes después de la Secretaría de Fomento.

Esta dió principio á sus labores con el personal de la extinguida Dirección de Colonización é Industria, cuya organización he dado, aunque someramente, á conocer, y con otros empleados que de diversas oficinas fueron llamados, como los pondonorosos é inteli-

gentes Sres. Don Mariano Ordaz y Don Francisco de la Maza.

Pusiéronse al frente de aquella Secretaría dos individuos de opuestas opiniones políticas, el Ministro Don Joaquín Velázquez de León y su oficial Mayor Don Miguel Lerdo de Tejada; mas como aquella oficina ningún roce tenía con la política, ambos personajes siguieron la misma senda en la prosecución de un noble fin, cual era el desarrollo de las mejoras materiales en el país.

Don Joaquín Velázquez de León, hombre de edad madura y de carácter adusto por temperamento, formaba contraste con Don Miguel Lerdo, hombre de menos edad, jovial y comunicativo, y sólo tenían ambos como puntos de contacto la buena educación, la inteligencia y la honradez. Conservador aquél y reformista éste, probable era que germinaran en el corazón de uno sentimientos repulsivos respecto del otro, mas si tal antipatía existió, jamás la revelaron.

Tuve por jefe inmediato en aquella ofici-

na, en la Sección de Industria, al caballeroso é inteligente Agustín Tagle, conservador á puño cerrado, y por compañero á José María



VELAZQUEZ DE LEON.

Flores Verdad. La diversidad de opiniones tampoco alteraba en aquella Sección la buena armonía de sus empleados.

Don Miguel Lerdo de Tejada, que conoció mi afición á la Geografía y Estadística del país, ramos que él cultivaba con éxito plausible, me cobró cariño y me alentó con sus consejos para que no abandonase tan interesantes estudios, y creyendo que mi permanencia en la Sección 2ª era menos eficaz para el efecto, pasóme á la 1ª que se hallaba á cargo del Licenciado Don Basilio J. Arrillaga.



LERDO DE TEJADA.

Antes de pasar adelante en estas mis Memorias, conviene dar á conocer á estos dos personajes que dirigieron mis primeros pasos por la senda escabrosa de la Estadística.

Era el Sr. Lerdo, como he dicho, un hombre que se hallaba en la fuerza de su edad, de mediana estatura, siendo los rasgos característicos de su fisonomía los siguientes: nariz aguileña, frente despejada, sobre la que caía el pelo en onda recogido, ojos de mirada fija, que eran como los espejos de su inteligencia, la patilla recortada y completamente afeitados barba y bigote. En la Secretaría llenaba cumplidamente sus deberes y fué él quien formuló los primeros cuadros estadísticos y estableció los Anales del Ministerio de Fomento, á la vez que en su casa trabajaba en la formación de sus cuadros sinópticos de la República y en escribir obras como el Comercio exterior y Los Apuntes históricos de la Heróica ciudad de Veracruz, cuyo primer tomo había dado á luz en 1850.

Don Basilio José Arrillaga era un anciano, de cuerpo diminuto, con un hombro más alto que otro, lo que le obligaba á caminar casi de lado y con la cabeza inclinada. Jamás trabajaba sentado y para alcanzar á la cubierta de la mesa ponía ésta en zancos. Montado á la antigua nunca abandonaba sus costumbres tradicionales, y particularmente la de rezar en todos los actos de su vida, para los cuales tenía sus oraciones peculiares, compuestas muchas por él, así es que al oír el toque de las doce suspendía en el acto sus labores, y en actitud del sacerdote que dice la misa, saludaba á la Virgen María, con las palabras del arcángel Gabriel. Era el tipo de la minuciosidad y, por tanto, muy dado á los apuntes, tanto en lo concerniente á su vida privada, como en lo relativo á los trabajos de oficina: al lado de la cuenta del zapatero ó de la lavandera, que llevaba en un cuadernillo, se hallaba la muy original oración por él compuesta para antes del desayuno ó para después de la comida; y en las portadas de los expedientes ponía tantas referencias ó tocas, que no era posible que existieran de éstas más en un convento de monjas. Al lado de todo esto brillaban sus virtudes, su honradez acrisolada, su amor al trabajo y su tesón en el cumplimiento de sus deberes. Demuestra su laboriosidad la extensa colección de leyes, decretos y circulares que publicó, abrazando una larga época, desde la consumación de la Independencia.

Era tal mi inclinación á los conocimientos

geográficos, que nunca dejé de aprovechar los momentos que me dejaban libres mis ocupaciones en el Ministerio, ya para hacer mis ensayos del dibujo de cartas, ya para estudiar las matemáticas de San Cyr y algunas obras de Geografía, á cuyo efecto me formé una humilde biblioteca que no excedía de quince volúmenes. Verdad es que tenía á mi disposición las espléndidas librerías del Conde de la Cortina y del Licenciado Don José María Lacunza.

Como nada me arredraba para salir airoso en mi intento, me lancé á la ejecución de la entonces para mí obra magna de copiar la Carta de la República, que en muy grande escala había formado la sociedad de Geografía y Estadística, y que yacía, si no olvidada, por lo menos desconocida de todo el mundo. Con el tesón propio de mi carácter y con las nociones adquiridas del dibujo geográfico, pronto dí término á tan laboriosa empresa; y si bien el trabajo adolecía de los defectos consiguientes á mi inexperiencia, tenía el mérito de ser el resultado de una gran fuerza de voluntad y de ofrecer rectificaciones importantes que me fueron aconsejadas por el ilustrado Oficial Mayor Don Miguel Lerdo de Tejada. Grande era el abandono en que se encontraba la Geografía nacional, excepción hecha de los loables esfuerzos de la Sociedad de Geografía y Estadística. Tan marcado era aquel abandono, que para el tratado de límites entre México y los Estados Unidos echóse mano en 1848 de la incorrecta y muy deficiente carta de los Estados Unidos Mexicanos, publicada en Londres por J. Desturnell; así es que aquella deficiencia enalteció mis trabajos hasta el grado de que el Ministro Don Joaquín Velázquez de León me llevase á la presencia del Presidente Santa-Anna.

El omnipotente personaje examinó con detenimiento la carta que se le presentó, y al observar en ella la grande extensión del territorio que tan injustamente nos arrebataron nuestros vecinos, dijo no sé qué palabras llenas de amargura, lo que no dejó de causarme grande extrañeza pues advertí que antes de la presentación de aquella Carta, no se tenía la menor idea acerca de la importancia del territorio perdido. Ese acto quedó profundamente grabado en mi memoria.

El Presidente ordenó á su Ministro que me gratificara con cien pesos, lo que fué para mí una gran fortuna.

La Carta permaneció expuesta en la Academia de San Carlos por todo el tiempo de su Exposición anual, y fué acogida con elogios por la Prensa, los que no me envanecieron, pero me alentaron para continuar esos trabajos apenas iniciados.

Esos elogios que tan bondadosamente me tributaba la Prensa, decidieron, sin duda, á un director de una Escuela nacional á instarme para que aceptase el nombramiento de profesor de dibujo geográfico y topográfico, mas tal incidente sólo me sirvió para conocer, andando el tiempo, cuán voluble es la humanidad. Yo, que conocía mi insuficiencia, rehusé el bondadoso ofrecimiento, manifestando con toda ingenuidad que el cargo aquel era muy superior á mis fuerzas, no poseyendo, como no poseía, los conocimientos necesarios que debería transmitir á los alumnos. El director insistió en sus propósitos y yo en mi negativa, pues desde entonces comprendí cuán grande era la responsabilidad de un profesor que se aventurara á enseñar lo que no sabe, en la verdadera acepción de esta palabra.

Mi renuncia, en lugar de enaltecerme en el ánimo del director, debióle causar un gran enojo, pues desde entonces no volvió á tratarme sino con un despego inaudito, aun después de que por mis continuados estudios había puéstome en aptitud de escribir un Curso elemental de dibujo geográfico y topográfico. El buen concepto que de mí se tenía cuando ignoraba mucho de lo que debía saber, trocóse en indiferencia cuando por mis puros esfuerzos había conseguido saber algo. ¡Tales son las ironías de la vida!

La Geografía de Malte-Brun, la Uranografía de Francœur y la Astronomía por Johnston eran mis autores predilectos; mis horas de estudio, las primeras de la mañana; el sitio, la Alameda, y mi lugar favorito de ésta, la calle oriental que desemboca á la glorieta de la gran palma, plantada por mí, más tarde, en recuerdo de aquellos días, palma que al fin se hizo desaparecer.

La Carta formada por la Sociedad de Geografía y Estadística adolecía de los defectos y errores consiguientes al primer trabajo em-

prendido con los datos existentes, que no se recomendaban por su exactitud, razón por la cual, tal vez el gobierno no la publicó. Las correcciones que en ella hice por el consejo ilustrado del Señor Lerdo de Tejada fueron pocas pues no era fácil aplicar las que me proporcionaban otros datos más recientes, sin trastornarla por completo. Decídime, por tanto á aprovechar los planos parciales y gran número de datos acopiados por el Ministerio de Fomento y Sociedad de Geografía y á pedir á los

gobernadores de los Estados los que pudieran proporcionarme, y ya con todo esto tuve facilidad de formar una nueva Carta, sobre la proyección que mi apreciable amigo el Ingeniero D. Francisco Díaz Covarrubias calculó y me dedicó para tal fin. Dicha carta fué la publicada en 1863, y sirvió de base á los franceses para la que se formó en el depósito de la Guerra según refirió Mr. Neox, en su Relación Política y Militar, de la Expedición francesa á México, 1861 á 1867.



VI

DICTADURA DE SANTA-ANNA.

NO te hablaré, querido lector, de todos los actos de la última administración del General Santa-Anna, porque deben de ser conocidos á causa de hallarse consignados en la historia, sino de aquellos que, por sus detalles característicos, pudieran interesarte; por tanto, voy á referirte lo que presencié y no temas que, al ejemplo de muchos narradores, te haga mirar, al través de lentes mal acomodados á tu vista, los hechos deformados, ya amplificándolos, ya deprimiéndolos, de conformidad con sus aviesas intenciones, causa determinante de la propagación de errores en la historia y como tal creo, quiero que observes los cuadros que te ofrezco, con tu vista natural.

RESTAURACIÓN DE LA ORDEN
DE GUADALUPE.

Los usos introducidos por Santa-Anna, particularmente en su última Administración,

eran en realidad los que correspondían á una monarquía, como lo comprueban su poder dictatorial y los hechos que voy á referir:

El 19 de Diciembre de 1853 tuvo efecto la restauración de la Orden de Guadalupe, conforme al ceremonial previamente decretado. Reinaba en la ciudad gran animación y en el Palacio un movimiento inusitado. Las calles rebosaban de gente que se dirigía con presteza á las del Empedradillo, Santo Domingo y siguientes, que eran las señaladas para el tránsito de la lujosa comitiva, con dirección al Santuario de Guadalupe.

Elegantes carruajes entraban en el Palacio por la puerta principal, pertenecientes unos á los presuntos condecorados, y otros á los Secretarios de Estado, deteniéndose los de aquéllos en el gran patio y siguiendo los de éstos hasta el de la presidencia, para salir después con sus dueños en el orden marcado por el ceremonial.

Los sonoros repiques á vuelo de la Catedral